

Ricardo A. Latcham

Andrés Eloy Blanco



A prematura desaparición del poeta venezolano Andrés Eloy Blanco, producida en la ciudad de México en mayo de 1955, ha servido para testimoniar el altísimo afecto de que gozaba en todo el continente. No era Andrés Eloy un escritor oscuro, ni buscaba la complicación formalística. Por el contrario, tenía una facilidad admirable para versificar, sin dejarse arrastrar al repentismo, sino en coplas satíricas, instantáneas, de criolla raíz, que sus compatriotas repetían de memoria y nunca fueron recopiladas. Si se le pudiera definir, ello es todavía prematuro, pues no conocemos la totalidad de su producción reciente, habría que colocarlo entre los que combinan las formas populares y espontáneas, con otras de más refinada estructura, que son resultado de la cultura y del conocimiento de los clásicos. Lo más característico de Andrés Eloy fué su profundo arraigo en el alma venezolana, en el afecto de su pueblo, y su simpatía humana tallada en la dura piedra de lo insobornable.

Lo tratamos, muy de paso, cuando ascendió a la cima de la política, como tantos hispanoamericanos, sin que perdiera su encanto personal, su afabilidad y su sencillez admirables, nutridas de un humor sano y cordial. Eran los días en que surgió torrencialmente el movimiento renovador denominado Acción Democrática, que regían los caudillos Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos, en un ins-

tante convulsionado y promisorio de la evolución institucional de Venezuela. Las masas advenían a la vida cívica y procedimientos desconocidos antes se revelaban en las plazas públicas y las reuniones de los partidos. Andrés Eloy Blanco ocupó situaciones de gran responsabilidad: Presidente de la Asamblea Constituyente de 1946, Senador y Ministro de Relaciones Exteriores. Su definida popularidad sirvió al régimen que intentó remover las bases sociales de su pueblo y se abrió paso la fama de su oratoria encendida y vibrante que conmovía a las multitudes y era admirada también por las minorías nacionales. El poeta se transfiguraba en la tribuna y sabía adaptarse a los auditorios más humildes, en que la gente de color, los peones petroleros y los artesanos asimilaban sus metáforas atrevidas y sus evocaciones al espíritu de Bolívar y de Vargas.

Nuevamente frecuentamos a Andrés Eloy en México, en 1949, Vivía desterrado en la ciudad del Anáhuac y su casa era un centro político y literario de gran interés para un forastero. A menudo lo acompañábamos en sus andanzas, y tuvimos oportunidad de viajar juntos por las vecindades de la capital mexicana, visitando templos y ruinas, como las de Teotihuacán, bajo el experto y docto pilotaje de Mariano Picón Salas.

Entonces fué cuando pudimos penetrar bastante en su carácter y apreciar su compañerismo. No tenía Andrés Eloy las peculiaridades dominantes en los políticos criollos. No conocía la sordidez. Era abierto y generoso. El destierro no lo hirió en ciertas fibras de su espíritu. La nota de sátira y denuncia característica de muchos poetas venezolanos y españoles que han conocido el ostracismo, no escaseaba en Andrés Eloy, pero la atenuaba la añoranza de la madre ausente, la nostalgia por el paisaje y cierto dolido civilismo de altura. Nunca utilizaba el denuesto y su fondo cristiano y perdonador lo ubicaba en un plano de emocionante intimismo.

En otros ángulos de su psicología, nos pareció optimista, de buen ánimo, muy conoedor de los poetas cultos y populares, fácil para el humor y ajeno a toda espectacularidad. Siempre Mariano Picón Salas lo distinguió en su selecto círculo de la capital me-

xicana, que tanto nos sirvió para orientarnos en un medio tan recargado de sugerencias de toda laya.

Se completaban los dos escritores y también sus dos esposas: más dinámica y movедiza la de Mariano; más reposada y sedante la de Andrés Eloy.

Solía asistir Rómulo Gallegos a las tertulias y entre los dos venezolanos se mantuvo imperturbable el afecto cimentado en el breve paso por las arduas responsabilidades del poder. Nos llamó la atención en Andrés Eloy su escaso interés por lo terrenal, sus evasivas respuestas a interrogaciones concretas sobre el porvenir de su partido. Tenía un optimismo espontáneo y confiaba en el curso inevitable de los acontecimientos que devolverían a su causa el dominio de la cosa pública. Pero era un desterrado muy especial que no exageraba la dosis de rencor en la apreciación de lo que dejaba atrás en ese instante. Sin dogmatizar, creemos que en Andrés Eloy Blanco prevalecía el poeta, el hombre de letras, sobre el estadista y el caudillo de masas, a pesar de la fluidez de su verbo y la prestancia de su palabra.

Ha dicho Mariano Picón Salas, en reciente glosa a su desaparición, que en su patria se alzó con el cetro de la monarquía poética. La causa de este fenómeno es algo que se escapa a una remota perspectiva, pero puede explicarse por nuestras breves experiencias venezolanas.

Cuando Andrés Eloy Blanco se inició en la vida literaria, su tierra estaba dominada por el letargo impuesto por la dictadura de Juan Vicente Gómez. El caudillo andino estableció un largo período de terrorismo policial y de silencio que apenas era turbado por el coro palaciego o por las justificaciones de su régimen, que tuvieron su explicación sociológica en el libro *Cesarismo Democrático*, de Laureano Vallenilla Lanz.

El poeta era de una región que consiguió gran importancia en el pasado nacional. Nació en Cumaná, en 1897. Esta ciudad está situada en el noreste de Venezuela, en las bocas del río Manzanares. Fué antiguamente la capital del Oriente Venezolano. Su primer li-

bro se intituló *El Huerto de la Epopeya* (Caracas, 1919). Todavía no se asentaba su dominio del idioma y su técnica refinada, pero sabía insinuarse en una atmósfera de modernismo algo recatado, sin la exageración bizantina de otros epígonos. La melancolía de algunos versos tenía un fulgor romántico, residuo de lecturas en que la crítica encontró, no sabemos por qué, la huella de Amado Nervo. Con anterioridad a su volumen primigenio, el escritor se asomó a la celebridad brusca con el premio que obtuvo en los Juegos Florales de Caracas, en 1916. Más tarde, en 1923, consiguió otro galardón al merecer el Premio Internacional en el Certamen promovido por el Atenco de Santander. Una flor natural, en los Segundos Juegos Florales Nacionales, recompensó su *Canto a la Espiga y al Arado*. La segunda obra lírica de Andrés Eloy es *Tierras que me oyeron* (Caracas, 1921). En 1934 dió a luz su volumen de mayor resonancia y tal vez el que ha circulado con más amplitud dentro y fuera de Venezuela. Nos referimos a *Poda*, que como su nombre lo indica, posee pretensiones antológicas y selectivas.

En 1937 reveló con estremecida angustia las impresiones de su cautiverio en las cárceles de Juan Vicente Gómez, con su libro *Barco de Piedra*, que sólo conocemos fragmentariamente. Picón Salas lo define así: "A veces ciertos libros suyos como *Barco de Piedra* parece un fragmento del *Infierno* trasladado a nuestra confusa vida tropical de entonces. Y como el poeta gibelino, Andrés Eloy mostraba la ceniza y la lividez de esa larga expedición al horror. Fué también, por ello, el tribuno del pueblo que arrojaba al mar de Puerto Cabello en 1936 los hierros de oprobio de la larga crucifixión venezolana".

Andrés Eloy había demostrado ya la multiplicidad de su musa, desde un comienzo modernista, con la nota criolla, perfilada en atisbos costumbristas y cuadros regionales, hasta la poesía social, asentada en una trágica realidad y nutrida con la experiencia personal en las cárceles del dictador andino. Entre sus poemas de más éxito se contaba *El limonero del Señor*, que aparece en las antologías. Un crítico lo ha resumido así: "Un viejo limonero enclavado

en un solar caraqueño de la colonialísima esquina de Miraflores le evoca a Andrés Eloy Blanco, días de guerra y religiosidad, epidemias y novenas, una como historia y epopeya de Caracas que él transmite en un bellísimo romance que tiene el difuso y envejecido color de una agua fuerte”.

La crítica de su país ha situado por lo general a Andrés Eloy Blanco en la generación bautizada por unos como de 1918 y otros como en 1920, junto con Luis Enrique Mármol (murió en 1926), Fernando Paz Castillo, Enrique Planchart, Rodolfo Moleiro, Angel Miguel Queremel y otros.

Para entender cabalmente a Andrés Eloy Blanco y calibrar la limitación de su mensaje, aparte de sus naturales facultades creadoras, conviene detenerse un instante en el enjuiciamiento del grupo a que perteneció. Casi todos los que componían esa promoción se formaron o de un modo autodidáctico o luchando contra tremendas dificultades, impuestas por un medio incomprensivo y una dictadura que abatió las mentes más atrevidas.

Resume bien esas circunstancias un historiador de la literatura venezolana, Luis Beltrán Guerrero, cuando expresa lo siguiente: “Pocos de sus representantes logran realizarse, y de éstos, apenas si uno u otro alcanza un nombre continental; son autodidactos y adolecen de una formación superficial y fragmentaria; ninguna mente filosófica entre ellos, apenas pensadores serios, casi ningún escritor científico; su juventud discurre bajo el signo de un despotismo salvaje, que a unos obliga a la claudicación o a la hipocresía civil, y a otros, los más, a duras pruebas de cárcel, exilio, pobreza, segregación hosca y solitaria”.

Lo anterior hace comprender mejor el esfuerzo de Andrés Eloy, junto con explicar el verbalismo difuso de sus peores composiciones en ese período. Sin embargo, el poeta se anticipó al auge posterior de lo folklórico, con claro sentido de su utilización colorista, y al uso de la copla, que también estilizarán otros escritores nativistas. La caída de la dictadura promovió un despertar de la literatura nacional después de un largo período de sometimiento moral y de ser-

vilismo. Por otro lado, a partir de 1920 y más señaladamente de 1930, se suscitó un gran interés por el asunto regional, que nutrió a los poetas que ya empezaban a leer a Federico García Lorca y su *Romancero Gitano*, de 1928.

El mérito de Andrés Eloy es haberse renovado por intuición y de acuerdo con el acendrado nacionalismo de su mensaje estético.

Este nativismo se había expresado con antelación en su representativo poema *Canto a la Espiga y al Arado*. Fernando Paz Castillo, autor de *La Voz de los Cuatro Vientos* (Caracas, 1931), cultivaba por ese período el romance popular y Jacinto Fombona Pachano en *Virajes* (1932), prefería utilizar el enfoque de las cosas menudas y humildes. La poesía venezolana empieza a sacudirse de su modorra y un aire nuevo, vivificante, recorre su ámbito. En 1932 también aparecen las *Cantas*, de Alberto Arvelo Torrealba y después, en 1939, Pedro Sotillo revela su regionalismo entrañado en *Andanza*.

Mientras unos empleaban el *corrío* (los *corríos de Santos Zárate*), otros buscaban en la provincia lo más puro de la venezolanidad. Rodolfo Moleiro era originario de Zaraza, en el Estado Guárico, lo mismo que Pedro Sotillo, nacido en San José de Unore. Paz Castillo y Fombona Pachano eran caraqueños, pero perseguían esencias recónditas en lo típico de su tradición, que a menudo estaba alejado de su capital.

Andrés Eloy también era provinciano, como ya lo dijimos, pero incorporó a su repertorio un procedimiento popular en sus conocidas y no recopiladas *Palabreos*, dignos, según Picón Salas, de la gracia inventora de un Lope de Vega, o del Góngora de las *Letrillas*.

Por entonces surge una nota nueva y explosiva en el arte del poeta de Cumaná. Dejaba atrás, a veces, su acento épico y sonoro, su facilidad sentimental y su tropicalismo expansivo para someterse a la moda vanguardista. Creemos que esa etapa de su producción es la menos feliz y la más artificiosa.

De tal manera ha quedado, en un recodo aislado de su arte,

su libro ocasional y un tanto oportunista *Baedecker 2,000* (Caracas, 1941). Es un paso adelante, pero falso. No encajaba a su sensibilidad este reajustamiento a ese fenómeno circunstancial que se bautizó con vaguedad como el movimiento vanguardista. Creemos, por simple intuición y sin poseer elementos de juicios totales, que Andrés Eloy Blanco partió de un impulso modernista a su plenitud que señalan sus trabajos sueltos, de tipo criollista, su volumen *Poda*, y luego se percibe una caída en *Baedecker 2,000*. En la última etapa se encontraba en la verdadera madurez y en la culminación de su acento humano y social, que vierte en *Giraluna* (México, 1955).

Respecto a su breve sometimiento a un metaforismo propenso a la mera acrobacia verbal, conviene recordar aquí el juicio de un crítico venezolano que encaró con severidad la publicación de *Baedecker 2,000*. Nos referimos a Pascual Venegas Filardo, quien dice a este respecto: "Si se establece un paralelo entre obras como *Tierras que me oyeron* y *Poda* y este último libro del laureado poeta de *Canto a España*, posiblemente la mayoría de las preferencias estarían por la poesía de los dos primeros volúmenes enunciados, y no por el publicado en 1941. El verbalismo que hermosea y brinda gran realce a la obra modernista de Blanco, entorpece su expresión cuando trata de acogerse a las más modernas corrientes de la poesía, como se esclarecerá cada vez que se vaya, cuidadosamente, hacia el establecimiento del paralelo que acabo de indicar".

En 1942 Andrés Eloy hizo una segunda edición de *Poda* que permite filiar su poesía más representativa hasta entonces y cotejarla con la última que ha reunido en *Giraluna*. Desde luego hay progreso evidente hacia lo interior, sin las concesiones antiguas provocadas por su exagerado retoricismo del período postmodernista. Ahora lo nativo se presiente más que se vierte en motivos folklóricos o en decorativas estampas con lugares tradicionales o motivos típicos. El poeta se remonta hacia lo elegíaco, que culmina en su severa composición *A un año de tu luz...*, de gran opulencia idiomática y de metáforas directas y bien cernidas. Vuelve, como antes, a los temas palpitantes de su tierra y de su gente. Hace desfilar con

fina emoción humana al obrero, al campesino y al pescador. A veces condensa admirablemente un estado de ánimo en versos magníficos:

*Enrique el grande ha muerto; el campesino
que le quiso llorar, dijo al obrero:
—No hay que llorar la muerte de un viajero,
hay que llorar la muerte de un camino.*

Domina, además, en *Giraluna*, con gran vigor de lenguaje, la nota civil que se entremezcla con la evocación de la madre y el amor a los hijos, que reciben una lección de noble dignidad. Aquí Andrés Eloy sabe destacar la severidad de su espíritu y su instinto perdonador y cristiano:

*Por mí, ni un odio, hijo mío,
ni un solo rencor por mí,
no derramar la sangre
que cabe en un colibrí,
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruin.*



El idioma de *Giraluna* era más pulido y selecto que el de los anteriores volúmenes. Nos parece que Andrés Eloy Blanco desapareció en el punto culminante de su madurez y cuando su poesía se asentaba definitivamente en formas de gran pureza.

Dejó también algunas obras en prosa que participan de su entusiasmo por lo vernáculo, como su libro de cuentos *La Aeroplana Clueca* (Caracas, 1935), *Malvina, Liberación y Siembra* (Caracas, 1937), y su biografía *Vargas, el Albacea de la Angustia*, de exaltado civilismo y valioso contenido narrativo. Blanco no supo o no pudo alcanzar el dominio del cuento. A pesar de su prosa discreta y de sus atisbos parciales, su conjunto de cuentos no tiene la calidad de sus poemas. Un excelente crítico de su patria, José Fabbiani Ruiz, analizando

el volumen *La Aeroplana Clueca*, observa que carece de las más elementales virtudes del género. "No tiene fuerza narrativa alguna, ni inventiva, ni gracia, esa gracia que es fácil suponer en un poeta de la calidad de Blanco. El estilo es pedestre; pobre la adjetivación y la sintaxis. La imaginación se detiene aquí en un anecdotario intrascendente. Nunca hemos podido explicarnos la razón de ser del nacimiento de *La Aeroplana Clueca*".

La muerte de Andrés Eloy Blanco, acaecida en un instante prematuro, no permite todavía examinar la perspectiva total de su obra. Mucha de ella está dispersa en diarios y revista de su país. Una porción considerable, la más espontánea, que consistía en sus sabrosos *Palabreos*, no fué recogida por su autor. Ahora que descansa en el suelo que lo vió nacer, y por encima de las pasiones políticas que lo apartaron de él, es seguro que se emprenderá la recopilación de sus abundantes producciones en prosa y verso. Lo más significativo de su personalidad es que ésta clavó hondo en la realidad de su suelo y que ningún otro poeta de su época supo interpretar más sinceramente las vivencias del hombre común, del campesino, del obrero y del letrado que ahora recuerdan su inmaculada imagen de tribuno, de egregio hombre civil y de poeta criollo y castizo, que nacionalizó lo regional y exaltó con fervor esclarecido lo venezolano.